

co de Cristo, de que hablamos arriba, y que tiene su expresión más alta en el Sacramento de la Eucaristía? Después de todo, en ella encontramos el mayor motivo para poder llamar a Dios nuestro Padre. Cristo, ciertamente, nos enseñó la oración dominical, pero además instituyó la acción sacramental que nos hace hijos de Dios, poniéndonos bajo la influencia de un molde divino. Y esto se realiza en nosotros muy particularmente cada vez que asistimos a la Santa Misa. Es entonces cuando, por la participación en el gran acto de adoración, por la compenetración con Cristo, Sumo Sacerdote y Víctima de infinito valor; por la íntima solidaridad con los demás miembros del cuerpo místico de Cristo, adquirimos el derecho de dirigirnos a Dios Padre, pidiéndole que nos dé el pan nuestro de cada día.

CRISTIANISMO VITAL

Una vez más se afirma aquí una doctrina fundamental, un postulado que ya glosamos anteriormente y que tenemos peligro de olvidar. El cristianismo no es una verdad o un conjunto de verdades, que haya obligación de creer; ni es tampoco un precepto ni una serie de preceptos, a cuya observancia estamos sometidos. Todo esto es, ciertamente, parte del cristianismo, una parte importante y necesaria. Pero ante todo y sobre todo, el cristianismo es vida. Es la posesión de la vida de Dios, una realidad trascendente, que nos da el atrevimiento de dirigirnos a Dios como a nuestro Padre, de una manera semejante a la que podía emplear Jesucristo dirigiéndose a su Padre. Nuestro Señor nos enseñó a decir: Padre nuestro; pero luego murió sobre la Cruz y ahora continua en cada Misa el sacrificio de la Cruz, y con esto hizo que no solamente podamos ser llamados hijos de Dios, sino que lo seamos en realidad. Y si hay un momento en el cual los hijos de Dios puedan sentir el gozo de la participación de una misma vida, es, sin duda, cuando están alrededor del

altar, en unión con el sacerdote, ofreciendo el sacrificio visible, símbolo de su sacrificio interior.

LOS MALES QUE ACECHAN

Según la «Doctrina de los Apóstoles», el Padrenuestro iba ya unido a la Misa, como una preparación de la Comunión, desde la primera generación cristiana. El preámbulo que acabamos de comentar es, ya lo hemos dicho, de una época tardía; y lo es también la oración que viene a continuación como un comentario de la última petición: Mas libranos de mal. En ella pedimos a Dios que «nos libre, por la intercesión de la Santísima Virgen y de los santos, de los males pasados, presentes y futuros; y que conceda la paz en nuestros días —esta cláusula parece haber sido introducida por San Gregorio Magno, para que ayudados por la riqueza de su misericordia seamos libres del pecado y seguros de toda inquietud.

El mal es la guerra, el pecado, la turbación, cuanto puede entorpecer nuestro paso en el camino hacia Dios; mal presente, el que está dentro de nosotros y fuera de nosotros, el que afecta al alma y al cuerpo: la turbación, la enfermedad, cualquier desgracia, la pobreza, las humillaciones, cualquier golpe de los muchos que pueden herir nuestra pobre carne; mal futuro: un peligro cualquiera que pueda presentarse contra la vida de Cristo en nosotros, una amenaza a nuestra vida corporal, a nuestra alegría interior; una asechanza que tienda a apartarnos de la senda de nuestra salvación; y mal pasado también, pues también los males pasados gravitan sobre nuestra vida; también de ellos necesitamos ser liberados, porque los males pasados son los pecados cometidos y cuyos efectos siguen influenciando y entorpeciendo nuestra vida con el peso de la responsabilidad, con el temor de la pena, con las huellas que dejaron en nuestros sentidos, en nuestra memoria, en nuestra imaginación. «Nuestras iniquidades, decía Ezequiel,